

AGUA



LUIS RICO Y ANTONIO ZAYA

Este proyecto es fruto de un diálogo a orillas del mar. La tierra huele a salitre y a erizos; el rítmico sonido del romper de las olas acompaña la conversación. En las mesas que nos rodean, otros hablan y beben. La presencia del agua nos invita a una travesía; a una inmersión que nos conduce a nuestra propia sustancia. Pensar y hablar del agua, sabiendo que la mayor parte de nuestro cerebro está constituido por ella, provoca una curiosa sensación. Gaston Bachelard dice que *“existe una continuidad entre la palabra del agua y la palabra humana; que orgánicamente, el lenguaje humano tiene una liquidez, un caudal en su conjunto, un agua en las consonantes. Esta liquidez proporciona una excitación psíquica especial, una excitación que ya atrae las imágenes del agua”*.

Su fluidez evoca un espacio líquido y ambiguo; un lugar en el cual se disuelven los límites y trascienden fronteras, propiciando nuevas configuraciones y percepciones que puedan aún sorprender y renovar la mirada. En su profundidad, el agua conecta con la pulsión creativa del arte, como una manifestación específica de la creatividad humana, que a su vez *“puede vivenciarse como la expresión singular de un rasgo fundamental en todos los niveles de la naturaleza.”* (Ilya Prigogine). Más allá de la condición humana, el agua nos confronta con nuestra condición viviente. Nos recuerda el profundo y atávico parentesco con una ameba, una lechuga, un roble o una ballena. Yendo más lejos, en su hondura el agua revela las resonancias que pueden existir entre los acontecimientos que tienen lugar en una taza de té o una cazuela, el proceso de formación de una nube, los flujos electrónicos de la comunicación, las fluctuaciones en las bolsas internacionales, el caos circula-



Kay, 1994. © Proyectos Culturales.

torio, los flujos migratorios o las corrientes de comportamiento colectivo. Este último aspecto tiene un componente psicológico que resuena con los espacios de la intuición, con la sustancia del sueño y las corrientes profundas del inconsciente individual y colectivo, que como tales nos influyen y conforman.

En su horizontalidad, el agua se muestra transversal y

dialógica. Su naturaleza fluida se resiste al estancamiento y a la definición tranquilizadora. Por el contrario, invita a la transgresión de los límites y a la cooperación interdisciplinaria. En su dimensión social, esta transversalidad adquiere un carácter relacional y permeable que cuestiona nuestras actitudes egocéntricas frente a la otredad. Incita a traspasar los modelos mecanicistas de la física newtoniana que, con su separación entre el observador y lo observado, han distanciado al hombre de su entorno.

En este sentido, el agua se presenta como uno de los protagonistas de la grave crisis ecológica en la que estamos inmersos. En las próximas décadas, por no decir ya mismo, la problemática del agua va a ser uno de los grandes retos que debemos afrontar. Los problemas de la contaminación de océanos y ríos, el crecimiento de la desertificación, las denominadas guerras del agua y el cambio climático son cuestiones que no admiten demora.

Resulta apremiante diseñar fórmulas que desde una actitud "inmersiva" y participativa integren todos los factores implicados en la compleja dinámica de la experiencia contemporánea. La cuestión es que no se trata tan solo de diseñar políticas medioambientales "correctas" y acertados planes de gestión amparados por los avances tecnológicos, tan necesarios por otra parte. *"Los principales problemas ecológicos no son la industrialización, el agujero de ozono, la superpoblación ni el agotamiento de los recursos del planeta. El principal problema es la falta de comprensión y de acuerdo mutuo en cómo afrontar esos problemas"* (Ken Wilber). El agua exige una toma de conciencia y una reacción en consecuencia. Exige la superación de los niveles egocéntricos y etnocéntricos de pensamiento y de comportamiento. Sugiere una perspectiva global y descentralizada, desde la cual poder abordar el problema de una manera eficaz en todas sus dimensiones. Pero la cuestión es que pensar y actuar desde esta perspectiva requiere una profunda transformación. Quizá sea éste el verdadero reto.

En este contexto, el agua adquiere toda su ambigüedad.

Por un lado aparece como un bien fundamental cada vez más escaso y maltratado, que plantea graves problemas en los más diversos ámbitos y lugares. Por otra parte, muestra otra u otras caras que podrían servir de inspiración para desarrollar una ética del agua, una ética de la convivencia, que exigiría una actitud coherente con nuestra propia sustancia y liquidez. Una ética fluida que trascienda credos e ideologías, basada en el reconocimiento y en el respeto a la diferencia; al otro y a lo otro, permitiendo vivenciarlo no como una amenaza sino como un valor, como una posibilidad de enriquecimiento y aprendizaje.

Esta circunstancia sugiere un espacio transversal en el que el arte, la ciencia y el pensamiento confluyen. Se hace necesaria una revisión profunda de nuestras actitudes y percepciones con respecto a una realidad que se muestra diversa, plural y cambiante, de la cual formamos parte, o más bien, de la que estamos constituidos.

En este proceso el arte asume un papel de catalizador de la experiencia contemporánea, potenciando su carácter de dinamizador social y contribuyendo a articular una mirada transversal e interdisciplinaria que integre el rigor de la investigación científica y la intuición poética.

Lejos de cualquier planteamiento conclusivo, esta vindicación del agua se plantea como una propuesta dialógica y como tal está abierta, es fluida y tentativa. Es una invitación a participar en una navegación a través de ideas, conceptos, datos, experiencias, sensibilidades, imágenes y textos de las más diversas procedencias y contextos. Más que determinar, evoca y sugiere cuestiones referidas al agua en su más amplia concepción.

La Exposición Mundial de Lisboa plantea un marco idóneo para mirar y/o mirarnos en el líquido espejo; y tal vez, escuchar el sonido de nuestra propia transitoriedad. Como el agua, el tiempo corre y no espera, *"a cada instante nos repetirá alguna hermosa palabra bien redondeada que rueda sobre las piedras"* (Gaston Bachelard).